

EXCMO. SR. D. MIGUEL MURUVE Y GALÁN

Hay que inscribir con dolor este nombre en el negro registro que con abrumadora fatalidad y rapidez que aterra, va recibiendo los de tantos ilustres y queridos compañeros. Muruve nos ha dejado, pero su personalidad quedará por mucho tiempo marcada con trazos vigorosos en la honrada y fructífera labor producto de su vida, en la que se funden sus excepcionales y relevantes condiciones de Ingeniero distinguidísimo, de ciudadano útil á su patria, y de caballero noble y cristiano. Aparecen con tanto relieve todas estas cualidades, y son tan armónicas en nuestro querido compañero, que ni pretendemos ni podríamos, aunque quisiéramos, ordenar las ideas que el deber y el cariño amontonan en nuestro pensamiento al pretender delinear tan preclara figura.

Algunos de los que lean estos renglones recordarán con emoción al alegre y correcto alumno de la Escuela, ocupando por su talento y laboriosidad un puesto muy distinguido en su brillante promoción, y otro puesto más envidiable aún en el afecto de sus compañeros, que le aplicaron en la intimidad un nombre cariñosísimo, que por intuición misteriosa revelaba ya lo que había de ser Muruve después, como hombre de mando y de acción, y como corazón de oro centro de bondades y dispuesto siempre á proteger á todos los que le rodeaban.

Propio es de personas de mucho valer, que han de distinguirse en la lucha de la vida, demostrar sus condiciones en cuanto encuentran campo para ello, y buscar con empeño ese ambiente adecuado á sus facultades. Esto le sucedió á Muruve, que sirvió con brillantez en el servicio ordinario, en que tanto se aquilatan las cualidades y méritos de los Ingenieros, y se creó una gran reputación en los trabajos que hizo después en el Instituto Geográfico, ganándose, por su propio mérito, la estimación del eminente Alonso Martínez, con quien le unió por todo el resto de la vida, íntima y respetuosa amistad.

No quiso disfrutar Muruve los beneficios de su desahogada posición y de sus excelentes relaciones buscando puestos honoríficos y descansados que eran de fácil acceso por su mucho valer, y después de numerosos trabajos de Ingeniería, y de haber acrecentado con ellos su fortuna, quiso dar á ésta empleos noble y digno y se lanzó á las grandes empresas de construcción, sin reparar en riesgos ni en sacrificios. Los ferrocarriles del Pajares, de Medina á Segovia y de Villalba á la misma capital, reflejan en sus líneas de rieles el nombre del distinguido Ingeniero, que á la vez que confirmaba su reputación de hombre de ciencia se revelaba como administrador recto é íntegro, y como financiero de primer línea.

Profunda transformación se realizaba en su ser, pues bien sabido es cuánto consumen las energías de la vida los grandes combates en que se arriesgan fortunas asociadas, y llevadas tal vez al peligro por la garantía moral del que las maneja; pero ni las naturales reservas de ese puesto de mando y de responsabilidad, ni las hondas preocupaciones de tan complicada administración, cambiaron la esencia de la bondadosa y noble alma de nuestro amigo. Los Ingenieros que sirvieron á sus órdenes recordarán siempre la manera inteligente y precisa con que resolvía

los más difíciles problemas profesionales, y en aquella época crítica de su existencia, como antes, como después y como siempre, la fisonomía pensativa y grave del hombre de acción y de lucha, se despejaba con la cariñosa sonrisa típica de aquella bondad inagotable con la que atendió siempre á los amigos y compañeros y elevó á tantos y á tantos de los que sin él hubieran sido arrastrados en el torbellino de los desconocidos y de los desgraciados.

No podía Muruve, dada su representación social y la legítima influencia de su familia en su país natal, dejar de jugar un papel en la política. Ante la previsión que con justicia van suscitando los que como logreros siguen ese camino, y reparten el botín con los caciques, nuestro querido compañero fué político en cuanto debió serlo, y nunca figuró en mesnadas ni en banderías. Liberal templado, estuvo siempre como Diputado á Cortes al lado de su buen amigo D. Manuel Alonso Martínez y del jefe del partido liberal Sr. Sagasta, y la hoja de servicios de D. Miguel Muruve queda hecha diciendo que en su distrito no hubo nunca ni vencidos ni vencedores, ni caciques ni sacrificados. Sirvió á su región Utrera, sin perjudicar al resto de España, como tanto se acostumbra por otros que podían y valían menos que Muruve.

Ingeniero desde el fondo de su ser, aspiraba á ocupar reglamentariamente en el Cuerpo el puesto que le correspondía por sus servicios al Estado y á las obras públicas para morir entre sus compañeros y amigos de la Escuela y de toda la vida, y para ello volvió á desempeñar un cargo de Ingeniero Jefe cuando su salud estaba ya muy resentida. Creyendo que no podía llenar sus funciones con la asiduidad que siempre lo había hecho, aplicó el mismo sistema que su delicadeza le había dictado en casos en que no adquiría el sueldo del Estado real y efectivamente «con el sudor de su frente» (como cuando lo disfrutaba siendo Diputado á Cortes), y ese dinero que llegaba á su poder, jamás sirvió para atenciones propias ni para las de su casa, destinándolo íntegro para enjugar lágrimas de los necesitados; pero no en la forma del socorro que lleva al corazón y á los labios el nombre del ser acreedor á la oración y la gratitud, sino como don anónimo que penetra como bondad de Dios en la mansión del pobre. Aquellos miles de pesetas que Muruve ganaba, y que tanto merecía por sus méritos y por sus servicios al país, llegaban á cientos de desdichados en forma de bonos de alimento ó de abrigo, derramando en las miserables buhar lillas consuelo y esperanza. Por modos tales, y por la inagotable caridad de todos sus actos, Muruve representaba un hermoso ejemplar del hombre cristiano y caballero, y cuando la enfermedad traidora que ha destruido su existencia desplegó todo el rigor de sus crueldades, cuando se destruían los resortes de aquella actividad envidiable y de aquel carácter tan bien templado con el que Muruve había realizado tantos bienes, quedaba como permanente y alimentado por manantial inagotable de su alma la augusta serenidad de su semblante en el que brillaba dulce y cariñosa sonrisa para cuantos le dirigían una palabra de afecto.

Sus obras como Ingeniero conservarán vivo su respetable recuerdo; la suma cuantiosa de sus beneficios y bondades le hará vivir con calor suave en el corazón de cuantos le trataron íntimamente.

Fuerzas son sin duda alguna esas aspiraciones de gratitud y esos juicios de estimación en que se traduce el humano concepto y en que la conciencia rinde su deuda ha-

cia el que tiene la dicha, como Miguel Muruve, de atravesar por la vida siendo esposo modelo, padre amantísimo, amigo cariñoso, caballero intachable y pródigo en beneficios y favores; y esas fuerzas, puramente hijas del sentimiento, han de rodear de atmósfera sana y pura al espíritu libre de la materia empujándolo á regiones de luz y de verdad. Dulce consuelo es esta idea para los que tanto le querían y sienten el irreparable vacío de su ausencia.

El Cuerpo de Caminos está de pésame, sus amigos queridos le lloran y todos envían la expresión de este pesar á la desolada familia de nuestro inolvidable compañero.

PROYECTO DE ENSANCHE DE LA CIUDAD DE LEÓN (1)

Por D. Manuel Diz Bercedoniz, D. Pedro Diz Tirado,

D. José M. Rodríguez Valbuena y D. Manuel Hernández

ESTUDIO DE LAS CONDICIONES ACTUALES DE LEÓN Y SU ZONA DE ENSANCHE

Principios generales.—Los principios generales de la higiene urbana, son los siguientes:

- 1.º El aire debe ser lo más puro posible.
- 2.º El agua debe ser distribuida profusamente para facilitar la limpieza, tan necesaria para la conservación de la salud, y debe elegirse, por lo menos la destinada á la bebida y á los usos domésticos, con un cuidado especial y estar protegida eficazmente contra toda causa de alteración.
- 3.º El suelo debe defenderse por todos los medios contra la infección progresiva.
- 4.º Las materias putrescibles deben ser arrastradas por una red bien estudiada y construída de galerías, rápidamente lejos de la *urbe* para que queden perfectamente saneadas las casas, la calle, la atmósfera, las capas de agua del subsuelo y los ríos.
- 5.º Todas estas materias deben ser transformadas en otras inocivas, aprovechándose al mismo tiempo sus principios vivificantes para que se cierre el ciclo por medio de transformaciones.

No basta llenar una sola de estas condiciones, todas son absolutamente necesarias y deben realizarse simultáneamente.

El agua que sirve para la limpieza de la casa y la calle, sigue luego sirviendo de vehículo de todas las impurezas, conduciéndolas por las alcantarillas hasta los sitios de depuración en que debe abandonar todas las materias que arrastraba y recobrar su primitiva pureza.

Es el principio de la vehiculación acuosa, última palabra hoy por hoy de la ciencia sanitaria.

Al redactar el proyecto del ensanche de la ciudad de León, claro es que hemos de seguir el criterio que marcan las reglas anteriores, para que la nueva ciudad, la urbe del porvenir, llene todas las condiciones de la más completa higiene.

Estudiaremos, pues, en los párrafos sucesivos las disposiciones adoptadas para la viabilidad, salubridad, etcétera, de las casas, las calles, el suelo, el subsuelo, etc.

CONDICIONES DE LA CALLE

Anchura.—Según dejamos indicado al principio de este capítulo, debemos estudiar esta condición de la calle como todas las demás que á ella se refieren, bajo dos puntos de vista: higiénico y de viabilidad; modos de estudio precisos y que son inseparables, como referentes á ideas correlativas, y que no cabe concebir la vía sin el edificio, pues éste ha de ser siempre el objetivo de su existencia; ni al edificio sin aquella, que constituye el modo de acción del habitante de la casa, en sus necesarias relaciones con sus semejantes.

La historia nos demuestra que las calles de las antiguas poblaciones, tales como Roma y Pompeya, por ejemplo, eran estrechas; circunstancia ventajosa en climas donde conviene resguardarse de las inclemencias del sol y del polvo; tal ocurre también en nuestras poblaciones de Andalucía; pero perjudicial en climas húmedos, por la falta de una ventilación conveniente, que no puede efectuarse por impedirlo la elevación y agrupamiento de las modernas construcciones.

Esta sencilla observación que precede nos enseña que en la determinación de la anchura de las calles debe atenderse á dos condiciones esenciales: 1.ª, el clima, y 2.ª, la altura media de las edificaciones que la limitan.

Los climas húmedos como el de la ciudad de León, exigen una anchura tal de sus calles, que por ella venga á suplirse la penuria de sol facilitando la evaporación de la humedad.

Fijan los higienistas el ancho minimum de una calle en los climas del Norte en 12 metros, que es el mismo ancho que fija el programa para las de menor importancia.

Tal discusión permite la perfecta aereación de las viviendas, máxime cuando toda construcción podrá disponer, para su aprovisionamiento de aire, de dos caudales diferentes, por decirlo así, la calle y el patio ó jardín que ha de formar el núcleo central de la manzana.

Las casas convierten las calles en una especie de valla, tanto más profunda, cuanto mayor es la altura de aquéllas, que pueden considerarse como las colinas que la circundan, siendo el fondo del valle la calzada. Siguiendo esta comparación, así como los valles son tanto más insalubres cuanto más encajonados están, del mismo modo los *valles de nuestras* poblaciones serán tanto más perjudiciales, cuanto mayor sea la elevación de los edificios con relación á su latitud.

La diversidad de altura que se ha dado á las casas, en los distintos pueblos y en distintos períodos de la historia, han dado lugar á consecuencias muy diversas bajo el punto de vista higiénico, que estudiadas detenidamente, formando estadísticas minuciosas y haciendo observaciones prácticas, presentan como resultado la afirmación de que para las buenas condiciones higiénicas de una calle, los edificios no deben nunca exceder de su altura á la anchura de la calle. Así se consigna en la obra de los Sres. Pilat y Tanerez (*Higiene de Lille*, pág. 19) obra que tenemos á la vista por ser resumen de todos los estudios sobre la materia.

Esta fórmula que la higiene patrocina no puede ser absoluta, pues ha de variar con las condiciones de clima y de localidad. El programa nos impone, tanto la anchura de las calles, como la altura de los edificios, y sólo hemos querido con los anteriores datos demostrar la bondad de

(1) Véase el número 1.193.